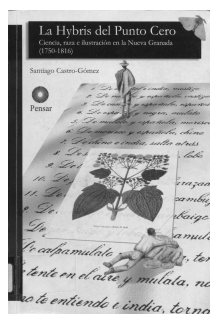


Edicsson Esteban Quitián
Reseña de "LA HYBRIS DEL PUNTO CERO. CIENCIA, RAZA E ILUSTRACIÓN EN LA NUEVA GRANADA
(1750-1816)" de Santiago Castro-Gómez
Nómaditas (Col), núm. 26, 2007, pp. 247-250,
Universidad Central
Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105115241025>

NÓMADAS

Nómaditas (Col),
ISSN (Versión impresa): 0121-7550
nomadas@ucentral.edu.co
Universidad Central
Colombia



LA HYBRIS DEL PUNTO CERO. CIENCIA, RAZA E ILUSTRACIÓN EN LA NUEVA GRANADA (1750-1816)

Editorial: Pontificia Universidad Javeriana

Autor: Santiago Castro-Gómez

Ciudad: Bogotá

Año: 2005

Número de páginas: 346

Edicsson Esteban Quitián*

Como resultado de su investigación doctoral en la Johann Wolfgang Goethe-Universität de Frankfurt, el filósofo Santiago Castro-Gómez presenta esta publicación como aporte al entendimiento de la formación de una cultura criolla pre-nacional en Colombia. En efecto, el período acotado por el investigador colombiano, 1750-1816, corresponde al momento de la profundización de las reformas borbónicas en las colonias españolas, hasta la caída del primer experimento de autogobierno criollo. No obstante, dicha periodización es engañosa ya que puede inducirnos a considerar éste como un ensayo histórico en el sentido disciplinar. Por el contrario, el enfoque recurrido por el autor es transdisciplinar, no sólo porque como el mismo lo afirma, sus fuentes se mueven entre las borrosas fronteras del ensayo político, la literatura y el artículo

científico, sino porque su perspectiva se inscribe en lo que podemos denominar una *Genealogía de la colombianidad*.

El texto pues, persigue desde el ethos colonial y las formaciones ilustradas de la medicina, la historia natural y la geografía, la clave de la cultura criolla neogranadina. Pero lejos de seguir un camino especulativo, el documento moviliza una sugerente tesis en la que reside su mayor aporte: el imaginario de la *pureza de sangre* es la clave de esta cultura y es desde este lugar de enunciación que los criollos traducen y acoplan el imaginario científico de la objetividad. Así, el *apartheid* colonial entre criollos y castas coincide con el proyecto ilustrado de la ruptura entre *doxa* y *episteme*, como dos caras de una misma moneda: el ejercicio de un saber/poder que permite el dominio criollo sobre los grupos humanos construidos y clasificados como razas impuras. Si bien Castro-

Gómez sustenta su trabajo principalmente en tres conceptos heterogéneos, *habitus* (Bourdieu), *biopolítica* (Foucault) y *colonialidad del poder* (Quijano, Mignolo, Dussel), es esta última noción la que posibilita ubicar el trabajo dentro de los denominados estudios poscoloniales y, más específicamente, dentro de la corriente latinoamericana de la modernidad/colonialidad/decolonialidad.

Por una parte, la noción de *habitus* permite al autor entender el imaginario de la blancura como capital cultural heredado de las familias “distinguidas” neogranadinas, que es reconvertido y reeditado a partir de su articulación con distintos saberes legítimos (teología, medicina, etc.). De otro lado, el concepto de *biopolítica* posibilita a Castro-Gómez la inscripción del problema en el contexto de la administración imperial española, en el momento en que ocurre el relevo del proyecto evangelizador para



dar paso a las reformas borbónicas y el ascenso de la concepción económica del Estado. Pero es finalmente con el concepto de *colonialidad del poder* que se conectan, en términos de Mignolo, los diseños globales con las historias locales. Nuestro autor afirmará entonces que el diseño global, biopolítico, correspondiente a la vinculación entre conocimiento y economía política como estrategia de la corona española para extraer el mayor beneficio de sus colonias y mantener su ventaja competitiva frente a las potencias emergentes (Francia, Inglaterra y Holanda) y; la historia local, la apropiación de los criollos del conocimiento científico promovido por Madrid para reproducir su dominio sobre las castas, en otras palabras, que las relaciones de articulación, pero también de choque, entre *biopolítica* imperial y *habitus* local, se inscribirán y serán posibles en el marco de la colonialidad del poder.

Entre los aportes más importantes del grupo latinoamericano de la “modernidad/colonialidad”, en el que se insertan autores como Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Walter Mignolo, Catherine Walsh, Ramón Grosfoguel y el propio Castro-Gómez, se encuentran: la premisa según la cual la modernidad inicia en 1492 con la formación de un sistema mundo moderno y co-

lonial; la afirmación de que modernidad y colonialidad no son sucesivos en el tiempo, sino simultáneos en el espacio; la idea de que el colonialismo posee una dimensión subjetiva y epistémica, la colonialidad; y por último, la importancia asignada a la raza y la etnicidad como problemas cruciales del orden geopolítico. El escritor asume estos postulados para analizar la particularidad de la subjetividad criolla en la Nueva Granada, en consecuencia, su peso específico consiste en aportar desde su investigación un estudio de caso que permite profundizar las líneas generales enunciadas por el grupo. De esta manera, la propuesta del grupo de la “modernidad/colonialidad” empieza a superar su momento inaugural de enunciación de las problemáticas básicas, para avanzar hacia la consolidación de una tradición-otra que legitima lugares de enunciación no eurocentrados.

El texto se organiza en cinco capítulos. El primero, bajo la premisa de que la Ilustración no es un fenómeno intraeuropeo, ya que circula y se produce en distintos puntos del sistema-mundo, propone la relación entre ciencia y geopolítica. El camino escogido por el autor es la vinculación entre la emergencia de una ciencia del hombre y la lucha por el control imperial de las

colonias americanas. En síntesis, podríamos decir que en el siglo XVIII el conocimiento provinciano europeo utiliza un otro colonial, América y los americanos, para producirse como conocimiento universal. Tal astucia es lograda mediante la construcción de una historia progresiva de la humanidad, que culmina con la raza blanca europea y que se legitima a través de la postulación de una correspondencia entre el orden natural y el orden social (fundamentalmente en términos evolutivos), proyecto ilustrado que Castro-Gómez denomina *cosmópolis*. El segundo capítulo rastrea la emergencia de la subjetividad criolla en la Nueva Granada y establece una disputa con Benedict Anderson confesada solo al final del texto. A diferencia del autor inglés, el colombiano entiende la formación de la futura elite nacional no sólo desde la labor intelectual. El autor propone entonces estudiar “la profesión, la vestimenta, el uso del lenguaje, el tipo y lugar de la vivienda, el modelo de relación familiar” (2005: 81) como lugares de construcción y escenificación de la blancura por parte de los criollos neogranadinos. Debemos señalar, sin embargo, que esta propuesta merece un desarrollo más amplio, difícil de llevar a cabo en una investigación centrada en la producción de conocimientos como la que reseñamos. El capítulo efectivamente se orienta al



modelo universitario colonial, como lugar privilegiado de análisis del *habitus* criollo, e incluso recurre al concepto de *ciudad letrada* de Ángel Rama, para enfatizar el encerramiento que establece la elite alrededor de su saber/poder, como defensa frente a la posibilidad de mezcla racial.

Los tres capítulos siguientes se centran en conocimientos específicos, a partir de los cuales se soporta la tesis de la apropiación neogranadina del aparato epistémico ilustrado desde el imaginario de la pureza de sangre. El tercer capítulo se teje alrededor de la práctica médica. Este apartado muestra la encarnación de la biopolítica ejercida por el Estado borbón, en la reorganización de las prácticas frente a la salud y la enfermedad. Principalmente el cambio consiste, según Castro-Gómez, en el paso de la concepción privada y mágico-religiosa del cuidado de los enfermos a una concepción pública y económica representada por el hospital público. Aunque es inevitable asociar de golpe esta mirada con la perspectiva del *Nacimiento de la clínica*, e incluso a pesar de tratar temas como el rediseño de la arquitectura del hospital, el escritor se abstiene de vincular el capítulo con los desarrollos de Foucault en torno a los lugares de encierro y el poder disciplinario. En cambio, privilegia el

sentido macro político de la apropiación del cuerpo enfermo: más que el encierro y la exclusión, la corona buscaría la *rehabilitación* de cuerpos productivos. Por otro lado, el capítulo muestra las tensiones originadas entre *biopolítica* y *habitus*, a partir del acceso de las castas a los títulos universitarios de medicina. Mientras la corona promueve el acceso de los mestizos adinerados a las cátedras, los criollos ven en esa posibilidad una amenaza a su aristocracia étnica. Sólo una minoría de criollos ilustrados asumirá plenamente la política borbónica. En este sentido, se matiza la tesis básica de la investigación: la coincidencia entre pureza de sangre y privilegio epistémico se produce como parte de las luchas por el privilegio cultural.

Si bien el capítulo señala la monopolización de la legitimidad de los conocimientos por parte del Estado (la regulación de los saberes sobre salud y enfermedad), este movimiento se complementa con la apropiación epistémica que sufren las castas por parte de los criollos. Este es el tema del cuarto capítulo, observado en la floreciente disciplina de la historia natural (botánica y zoología). Tanto los títulos acreditados en Medicina como las expediciones botánicas, permiten entender la coincidencia entre dos presupuestos cruciales de la moder-

nidad/colonialidad: a la clasificación racial jerárquica de la población mundial generada con el descubrimiento de América, corresponde una jerarquía de conocimientos, según la cual, el conocimiento verdadero solo puede producirse en Europa, mientras las poblaciones indígenas y africanas están sumidas en la superstición. Entre estos dos polos, los criollos neogranadinos negocian su lugar epistémico, sin cuestionar los parámetros eurocéntricos de clasificación. Así ocurre con el saber indígena y africano sobre animales, plantas, métodos de curación, lengua, etc., del cual se apropian criollos y europeos en las distintas expediciones y el cual atribuyen de modo colonial: el conocimiento de las castas proviene de dios o la naturaleza, mientras el conocimiento blanco procede de la genialidad científica. El último capítulo indaga sobre el conocimiento geográfico como uno de los instrumentos básicos del proyecto borbón en las colonias: la geografía física permite tanto delimitar los dominios (en disputa constante), como ubicar los recursos agrarios que desde los fisiócratas aparecen como el fundamento de la economía. Pero la geografía, vinculada con las tesis ambientalistas, permite igualmente conocer el carácter de las distintas poblaciones racializadas. Este esquema le permite a Castro-Gómez relacionar las disputas “científicas” por



el carácter moral e intelectual de los americanos, ocurrido a uno y otro lado del atlántico, y que se traduce en formas de disputa colonial por el territorio y la población neogranadina, desde las distintas posiciones geopolíticas, epistémicas y raciales que ocupan criollos, españoles y europeos en general.

Finalmente, considero el concepto de la *Hybris del punto cero* que le da título al documento, como una herramienta útil para volver sobre proyectos epistémicos que se sitúan por fuera del periodo colonial, pero no de la colonialidad del poder. La idea de un punto de vista que no admite ningún punto de

vista sobre sí, la desmesura que alude a la posición del *Deus absconditus*, el lugar desde el cual observo, clasifico, controlo y administro a otros sin que mi posición esté nunca en cuestión, no solo es ocupada por “científicos” europeos durante el periodo colonial, también es ocupada y deseada por criollos ilustrados para quienes la aristocracia racial coincide con la aristocracia de la razón, y continúa siendo ocupada por no pocos científicos sociales contemporáneos. Sería igualmente interesante iniciar la pesquisa del otro lado, ¿cuáles son las voces que emergen del lado oscuro de la *Hybris del punto cero*? El mismo autor reconoce que en su

texto escasamente aparecen las formas de resistencia de las castas, las tácticas subalternas de saber, ¿sigue siendo sostenible entonces lo que hoy es ya tradición de los estudios poscoloniales, buscar la voz subalterna en las huellas dejadas en la arena de una playa marciana, es decir, en los textos que han imaginado un punto cero como lugar de enunciación?

* Profesional en Estudios Literarios y Especialista en Estudios Culturales de la Universidad Javeriana. Estudiante de la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos del IESCO-UC. Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: tusitala77@yahoo.com.ar